CAPÍTULO III

El vuelo

I

Casi todo el tiempo que estuvo mi tío madurando el proyecto de construcción en Crest Hill, lo pasé yo en ensayos de vuelos con mi aeroplano por el valle de lady Grove y en otros experimentos muy costosos de navegación aérea. Durante la sinfonía de Tono-Bungay casi no me ocupé más que de esta clase de trabajos.

En otro lugar dejo ya dicho cómo llegué á dedicarme á esta clase de investigaciones; algo disgustado con las aventuras de la vida ordinaria, quise utilizar los conocimientos que había adquirido en el colegio para este trabajo; y lo hacía con gusto y entusiasmo; y el resultado fué que establecí por fin algunos puntos dudosos sobre la estabilidad de los cuerpos en el aire y el movimiento interno del viento, causando al mismo tiempo una revolución en la parte principal sobre la teoría de las máquinas explosivas. Todo esto se puede ver en el *Philosophical Transactions*, en el *Mathematical Journal*, y en otras dos ó tres publicaciones, por lo que no hay necesidad que entremos aquí en detalles...

No sé hasta qué punto se puede llegar á convencer á una persona que no le haya experimentado, del

interés y satisfacción peculiar que existen en una investigación sostenida cuando no se ve uno escaso de recursos. Es una cosa muy diferente de cualquier otro esfuerzo humano. Se ve uno completamente libre del conflicto desesperado de sus semejantes, á lo menos en lo concerniente á la obra esencial, que para mí es un mérito peculiar. La verdad científica es la maestra más remota, se halla oculta en sitios muy extraños y se llega á ella por caminos sumamente tortuosos; pero *¡siempre está allí!* La cuestión es conseguirla, que ella no falta nunca, y entonces ya es nuestra para siempre, y lo es también para toda la humanidad. Ella es la realidad, la única realidad que he encontrado en el extraño desorden de la existencia. Ni le hace incomodar á uno ni le engaña y desvía de la rectitud. No se la puede cambiar con el anuncio y el clamoreo, ni confundirla con las vulgaridades. Sirviéndose de ella se desarrollan las cosas que tenemos entre manos, llegando á ser permanentes en la vida del hombre. Esta es, á mi manera de ver, la satisfacción peculiar de la ciencia y su recompensa final...

El trabajo experimental produjo un cambio radical en mis hábitos personales. Ya he dicho antes que cuando me hallaba en Wimblehurst pasé un período de disciplina y continuo esfuerzo, y que al venir á South Kensington me desmoralicé con el efecto inmenso que produjo en mi atención la vista de Londres. Me aparté de la ciencia con bastante pesar mío para atender al desarrollo del Tono-Bungay. Pero mi pobreza me mantuvo abstinente y el romanticismo de mi juventud hizo, por otra parte, que fuese casto hasta que se me presentó en el camino de mi vida el casamiento. Desde este momento empecé á flojear en todos sentidos. Había trabajado mucho, pero no me tomé nunca la molestia de pensar si había llegado al máximo, ó si aquella indolencia que se apoderaba de mí á veces era una cosa que se podría evitar. Con la venida de la abundancia comí á dos carrillos y bebí sin miramiento, dejándome llevar de mis impulsos. La crisis emocionante de mi divorcio no produjo un cambio inmediato en estos asuntos de disciplina personal. En un principio encontré alguna dificultad en poder reconcentrar mi pensamiento en la labor científica, que era una cosa mucho más exacta que el comercio, pero salí de la dificultad por medio del tabaco. Fumaba muchos cigarros puros, que producían en mí un humor depresivo; pero el tratamiento que adopté para curar esto fué del método homeopático; cuando terminaba un cigarro encendía otro. Pero por fin conseguí sacudir la pereza, y aunque con cierto miedo principié á volar por los aires.

Andaba yo primeramente encogido y lleno de temor, pero después me fuí estirando, y parecía que iba persiguiendo á una corneja que volaba delante de mí, y se me ocurrió pensar en aquel momento que debía gritarle: «¡Fuera de la vía!» El pájaro dió un giro describiendo una V invertida, subió mucho más y desapareció de mi vista. Después me fijé en la sombra que á cierta distancia proyectaba mi aeroplano, que se mantenía muy bien en el aire, y escogí con la vista un sitio entre el césped para tomar tierra.

Desde aquel día continuaron sin interrupción mis experimentos, que duraron varios meses. Había venido aplazando durante varias semanas estos ensagos, porque tenía mucho miedo de dar el primer vuelo; la flojedad del cuerpo y del espíritu se habían apoderado de mí con la vida comercial; pero me avergoncé al pensar en esto y me lancé resuelto por los aires arrepintiéndome en mi interior de haberlo venido aplazando durante tanto tiempo.

Una vez perdido el miedo, no solamente deseaba estar siempre volando, sino que deseaba subir á mayor altura, y lo conseguí muy pronto, recorriendo todos aquellos alrededores con mi máquina voladora, gastando gran parte de mis energías en el problema de la navegación aérea.

II

Hice mucho más de lo que yo pensaba hacer. Caí dos veces con mi máquina voladora, y en una de las caídas me rompí una costilla, que me estuvo mi tía componiendo con gran solicitud; pero mientras tanto iba adquiriendo bastante nombradía entre los aeronautas más distinguidos, cuando de pronto volvió á presentarse en mi camino, como si no se hubiese separado nunca de él, la honorable Beatriz Normandy, con sus ojos negros y el pelo desordenado y caído por la frente. Venía montada en una yegua negra muy gorda, por un camino vecinal próximo á lady Grove, acompañada del anciano conde Carnaby y de su hermanastro Archie Garvell. Mi tío me había llamado á voces desde la montañita inmediata, pidiéndome no sé qué cosa, y al cruzar yo por medio del camino tropecé con ellos. El viejo Carnaby reparó que se había metido en nuestra propiedad y se adelantó para hablarnos.

En un principio no me fijé en Beatriz, que se hallaba á dos pasos de mí, porque estaba entretenido con lord Carnaby, hombre bajito de sesenta y seis años, muy bien conservado por cierto, á pesar de la vida desordenada que había llevado, del que había oído yo hablar mucho pero no le conocía personalmente.

—Supongo, Ponderevo, que no tendrá usted inconveniente que sigamos por este camino, —le gritó á mi tío, que á veces era demasiado generoso con los títulos, por lo que se apresuró á contestar:

—Tire usted por donde guste, milord, como si estuviese en su finca.

—Está usted construyendo en la montaña un gran edificio, —dijo Carnaby.

—Con el reflejo del sol parece más grande de lo que es en realidad, —contestó mi tío.

—Muy bien; aire y sol es lo principal, —dijo el conde.

En aquel momento me fijé en la figura silenciosa

que estaba detrás de este personaje, y vi que era Beatriz, que me miraba con insistencia por entre las gasas del sombrero que llevaba puesto, como queriendo recordar dónde me había visto antes de ahora.

Me parecía imposible que no recordara de mí.

—Muy bien, —dijo el conde, y ladeó su caballo.

Garvell se hallaba algo separado, y se hacía el distraído, acariciando á su caballo en el cuello. Hizo una inclinación de cabeza de medio lado y se alejó. Ella debió recordar en aquel momento quién era yo, porque se puso muy encarnada, le miró á él y después á mí, y se quedó dudando un momento si me dirigiría ó no la palabra; pero sonrió, sin dejar de mirarme, y siguió detrás de ellos. Estuve un momento mirando cómo se alejaban, y observé que no volvió ella la cabeza.

Mi tío entretanto me hablaba vuelto de espaldas, creyendo que yo le entendía, pero mi pensamiento estaba puesto en Beatriz en aquel momento. Ni me acordaba ya siquiera de que Garvell era hijo y Beatriz hijastra de lady Osprey, que la teníamos de vecina. Como no la había visto nada más que en Bladesover, y esto hacía ya mucho tiempo, no es extraño que no se me ocurriese pensar que vivía tan cerca de nosotros. Pero, aunque más desarrollada, era la misma; ¡aquellas mejillas sonrosadas tan hermosas! parecía que era cosa de dos días cuando yo las había besado, escondidos los dos entre el arbolado de la finca...

—¿Eh? —dije yo.

—Que es buena gente, —contestó mi tío. —Mira, Jorge, puedes decir lo que quieras de la aristocracia, pero hay que reconocer que lord Carnaby es una buena persona.

—¡Qué hermosa es! —dije yo para mis adentros.

—Se cuentan muchas cosas de él, —dijo mi tío; —¿pero qué hay de todo esto?

—¡Cielos! —exclamé yo interiormente; —¿pero por qué me habré olvidado yo tanto tiempo de ella?

¡Qué ojos los suyos, Dios! ¡y cómo se ha sonreído por fin antes de marcharse!

—Yo por mi parte no le censuro, Jorge; porque todos hemos hecho de las nuestras; cuando yo era joven también las corría, y tú mismo las has corrido también, amiguito.

Verdaderamente era muy extraño lo que me había pasado á mí en este asunto; mi memoria me había jugado una mala pasada, porque de Beatriz no recordaba más que cuando jugábamos juntos de pequeños y cuando me peleé con Garvell. Pero ahora que la volvía á ver, me parecía imposible que hubiese podido yo olvidar todas aquellas cosas que pasaron entre nosotros...

III

—¡Carambita!—exclamó mi tía mientras leía una carta detrás de su maquinilla del café.—¡Aquí tenemos á una joven, Jorge!

Estábamos los dos tomando el desayuno junto á la ventana del laurel de lady Grove, porque mi tío se había marchado á Londres.

Pronuncié una palabra interrogativa mientras descoronaba un huevo.

—¿Quién es Beatriz Normandy?—preguntó mi tía;—no sabía yo que existiese en el mundo.

—Pues es una joven.

—Sí, y dice que te conoce. Yo no estoy muy fuerte en etiqueta, Jorge, pero veo aquí algo que se separa de la regla general, pues dice que tratará de que su madre...

—Madrastra, dirá.

—Se ve que estás muy enterado de ella. Dice «mi madre», lady Osprey. Vendrán á visitarme uno de estos días. El miércoles á las cuatro de la tarde, y desean al mismo tiempo que vayas á tomar el té con ellas.

—¿Eh?

—Que las acompañes á tomar el té; ¿me has entendido ahora?

Mi tía sacó la cabeza por detrás de la cafetera, y me estuvo mirando oblicuamente un buen ratito. Yo me sentí el calor que me subía por la cara, pero no pude por menos de reirme al encontrarse mi vista con la suya.

—A esa joven la conocí mucho antes de conocer á usted, tía,—y entonces le expliqué la historia.

Mi tía siguió mirándome con insistencia, y me hizo algunas preguntas para aclarar algunos puntos que no acababa de comprender.

—¿Y por qué no me has dicho que la habías visto el otro día? La has tenido en tu pensamiento toda una semana sin decirme una palabra.

—Pues crea usted, tía, que no sé cómo se me pasó; sí, es extraño que no pensara en decírselo á usted.

—Como pensar sí que pensaste; pero creerías sin duda que al decírmelo á mí iba yo á echarlo todo por tierra.

Después de esto siguió leyendo las demás cartas que había recibido.

Las dos señoras fueron puntuales; vinieron en un cochecito á la hora anunciada, y yo tuve entonces ocasión de observar cómo atendía mi tía aquellas nuevas visitas. Tomamos el té en la terraza debajo del cedro, pero como la anciana lady Osprey era protestante implacable, no había tenido nunca ocasión de ver la casa por dentro, por lo que dimos los cuatro una vuelta por sus habitaciones, que me recordó la primera visita que hice yo á este sitio. Mi tía y lady Osprey iban delante, y Beatriz se quedó conmigo algunos pasos detrás y empezó diciéndome:

—No nos habíamos visto desde...

—Desde que nos vimos la última vez en el conejar,—dije yo.

—Sí, efectivamente, en el conejar fué. Pues mire usted, me acordaba de todo menos de ese nombre... Yo tenía entonces ocho años.

Mis ojos se encontraron entonces con los suyos,

hermosos y expresivos, y en mi cara debió comprender que no me atrevía á decir nada de lo que había ocurrido entre nosotros.

— Recuerdo — dijo — que le dejé á usted plantado de pronto, y lo mismo hice después con Archie.

Bajó más el tono de voz, y siguió diciéndome:

— ¡Le dieron unos cuantos cachetes por mentir de aquella manera! — dijo, como si aquello fuese un recuerdo agradable para ella. — Y cuando se pasó todo, fuí á sentarme debajo de nuestro tilo, y allí estuve llorando un buen rato por lo que le había hecho á usted. ¿Se acuerda de nuestro tilo?

— Sí, estaba en la parte Oeste del bosque.

Lady Osprey se volvió en aquel momento.

— Mira, Beatriz, qué galería más hermosa.

Y al decir esto se quedó la anciana mirándome con detenimiento, pero con cara de pocos amigos.

Mi tía siguió delante con lady Osprey, y Beatriz me dijo, cuando comprendió que las señoras no podían oirla.

— ¿Pero cómo ha podido usted llegar hasta aquí? — preguntó ella.

— ¿Llegar hasta aquí?

— Quiero decir adquirir todo esto, — é hizo un movimiento giratorio con la mano derecha para señalar el salón, la terraza, y lo que estábamos viendo del edificio. — ¿No era usted el hijo del ama de llaves?

— Nos hemos aventurado. Mi tío es ahora un gran hacendista. Tenía una tiendecita de drogas en un pueblecito que está á veinte millas de Bladesoner, se metió en grandes negocios, y ahora somos gente grande.

— Ya lo comprendo.

Me miró entonces con interés como queriendo descubrir alguna cosa en mí, y yo aproveché la ocasión para preguntarle:

— ¿Me reconoció usted el otro día?

— Tardé un ratito. Pero vi que usted me reconoció en seguida. No me acordaba dónde nos habíamos visto; pero Archie me sacó de dudas.

— Pues no sabe usted lo que me alegro de volverla á ver. No la he olvidado nunca.

— No se deben olvidar las cosas de la niñez.

Nos miramos los dos con insistencia y satisfacción al mismo tiempo, porque sin necesidad de decírnoslo sabíamos que nos gustábamos el uno al otro.

— ¡Muy pintoresco, muy pintoresco! — oímos que decía su madrastra á mi tía. — ¡Beatriz!

— Tengo que preguntarle muchas cosas, — me dijo mientras nos encaminábamos adonde estaban su madrastra y mi tía.

Cuando nos sentamos los cuatro debajo del cedro me hizo algunas preguntas sobre mi aeronáutica. Mi tía les dijo algo de las dos costillas que me había roto en una de mis caídas. A lady Osprey le pareció una cosa impropia y poco apetecible lo de volar por los aires.

— Aun no volamos, — dije yo.

— Ni vuelan ustedes ni volarán nunca, — contestó la anciana muy decidida.

— Hacemos todo cuanto podemos para conseguirlo, — dije yo.

Beatriz entretanto seguía mirándome con insistencia sin decir nada. Aquella mirada suya me parecía tan pertinaz y agresiva como cuando nos vimos por primera vez en el comedor de Bladisoner. Era la misma, no había cambiado en su manera descarada de mirar.

De pronto se levantó de la silla.

— ¿Qué hay allí detrás de la terraza? — me preguntó mientras echaba á andar para aquel sitio: y yo seguí detrás de ella.

Se recostó contra el muro y me dijo:

— Cuénteme, cuénteme todo lo que le ha pasado en todo el tiempo que no nos vemos. Los hombres son todos iguales; olvidan ustedes con una facilidad asombrosa; yo en cambio, y sin saber por qué, no le he olvidado; aunque de una manera algo

confusa le he visto siempre delante de mí. ¿Cómo han prosperado tanto en tan poco tiempo? dígame todo lo que sepa de la historia de su prosperidad, que siento gran curiosidad por conocerla.

—Verá usted, —dije yo; —mi tío inventó un específico, y tan buen resultado le dió, que se hizo rico en poco tiempo; así es que la cosa es tan sencilla que para mí no tiene mérito de ninguna clase.

—Pero cuénteme lo que ha hecho en todo el tiempo que no nos hemos visto. ¿Qué piensa usted hacer ahora? Aún es usted joven. ¿No le llama la atención el Parlamento? El otro día precisamente oí hablar de usted, antes que supiese yo que se trataba de usted y decían que tendría usted que entrar en el Parlamento...

Deseaba á todo trance saber mis intenciones y los planes que tenía formados para el porvenir.

—¿Está usted construyendo una máquina voladora? —prosiguió diciendo; —bueno, y después que la tenga terminada y haya volado, ¿qué piensa hacer? ¿Será buena para la guerra?...

Le di algunas explicaciones referentes á los experimentos que llevaba hechos, y prestó mucha atención á todo lo que le dije de los vuelos que había dado con mi aeroplano. Ella tenía entendido que la máquina voladora era una cosa imposible.

—¡Pues eso es una cosa muy peligrosa! —exclamó ella, como queriendo dar á entender que se había penetrado bien de lo que acababa de decirle.

—Desde luego, peligro hay, —contesté yo.

—¡Beaaatriz! —dijo lady Osprey llamándola.

Beatriz se separó entonces del muro para dirigirse adonde estaba su madrastra hablando con mi tía.

—¿Dónde dió usted ese vuelo que dice?

—Allí, al Este de Crest Hill y del bosque.

—¿Podré venir cuando dé usted otro?

—Siempre que usted quiera; pero avíseme con anticipación...

—Cualquier día de estos.

Me miró sonriéndose, y así terminó nuestra conversación.

IV

Los últimos experimentos aeronáuticos que hice están asociados en mi memoria con la cualidad de Beatriz, con su presencia incidental, con las cosas que dijo é hizo y con lo que pensé en aquellos momentos de ella.

En la primavera de aquel año dejé terminada mi nueva máquina voladora, cuyo único defecto era el de no tener estabilidad longitudinal. Mi modelo volaba como un pájaro en una distancia de unas cien yardas próximamente, para caer después de cabeza, y más frecuentemente de cola, con lo que se rompía siempre la hélice. Después de varios estudios, la emprendí con los globos. Antes de esto ya había hecho dos ó tres ascensiones en el globo del Aero Club, y entonces empecé á construir el gasómetro y cobertizo para mi primer globo. Mi tío me facilitó la mayor parte del dinero, y se interesó mucho en el asunto, porque había de por medio el premio de lord Boom y la cuestión del reclamo, y á petición suya bauticé mi primer globo dirigible con el nombre de lord Roberts Alfa.

De este globo se habló mucho en varias publicaciones aeronáuticas; tenía varios defectos de construcción, pero sin embargo, dió bastante buen resultado, navegando unas diez millas por hora á pesar del viento Sudoeste que le venía contrario el día que se hicieron las pruebas. Desde mi barquilla estuve contemplando á Carnaby y á Beatriz, que paseaban á caballo, y á dos señoritas que iban con ellas y que yo no conocía, á Cothopi y á tres ó cuatro operarios que tenía yo empleados en mi parque aeronáutico, á mi tía y á la señora Levinstein, que paseaban á pie, y á Dimmock, el veterinario del pueblo y otros dos amigos suyos.

De pronto, y cuando más entusiasmado andaba